Revistadela
UNIVERSIDAD DE LA SALLE 96

ISSN: 0120-6877 | e-ISSN: 2539-1100 | *RULS 96* | ene-dic 2026| https://doi.org/10.19052/ruls.vol1.iss96.5

Diseñar con otros: Casa Raíz, laboratorio pedagógico de la relacionalidad

Manuel Alejandro Gómez Coronado[1]
Freddy Díaz-Díaz[2]
Laura Teresa Sanabria Pardo[3]

Resumen

En un contexto marcado por crisis socioecológicas, desigualdades territoriales y transformaciones en las formas de habitar la ruralidad colombiana, este artículo reflexiona sobre la experiencia de Casa Raíz

1. Arquitecto y estudiante de la Maestría en Planificación y Gestión del Territorio de la Universidad de La Salle. Profesional de la Unidad de Planeación de Infraestructura de Transporte (UPIT), con experiencia en formulación y análisis territorial de proyectos de infraestructura, que integran enfoques de ordenamiento territorial, conectividad regional, diseño urbano y planificación con perspectiva socioecológica y de justicia ambiental. mgomez39@unisalle.edu.co. ORCID: https://orcid.org/0009-0003-3196-2093
2. Arquitecto, magíster y doctor (*Cum laude*) en Arquitectura por el Politecnico di Torino (Italia). Profesor asociado e investigador de la Universidad de La Salle. Su trabajo se centra en el diseño para las transiciones, los saberes constructivos locales, la construcción con tierra, el ecoturismo y la construcción de paz. frdiaz@unisalle.edu.co. ORCID: https://orcid.org/0000-0002-6135-6823
3. Arquitecta y magíster en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad. Profesora de tiempo completo de la Universidad de La Salle, coordinadora del Laboratorio de Diseño para Transiciones e investigadora del grupo Arquitectura, Experimentación y Proyecto. Sus intereses de investigación incluyen el diseño para transiciones, el diseño ontológico, la construcción de paz y la responsabilidad social en la arquitectura. lsanabria@unisalle.edu.co.
ORCID: https://orcid.org/0000-0001-9814-0738

en la vereda Ovachía, municipio de Tipacoque (Boyacá). Desde un enfoque de investigación-acción participativa y pedagogía situada, se analiza cómo las prácticas de codiseño, construcción colectiva y aprendizaje comunitario permitieron comprender la vivienda rural más allá de su dimensión física, reconociéndola como parte de un sistema socioecológico en el que agua, territorio, comunidad y cuidado se encuentran profundamente interrelacionados. El artículo conecta una lectura territorial y etnográfica de Ovachía con el desarrollo metodológico de Casa Raíz como experiencia de formación lasallista basada en la escucha, el diálogo de saberes y la construcción conjunta de alternativas situadas. Mediante cuatro fases desarrolladas entre el 2024 y el 2026, el proceso comprende la vivienda como una infraestructura viva, relacional y territorialmente enraizada que integra estrategias bioclimáticas, saneamiento ecológico, reutilización de aguas, siembra y uso de materiales locales.

La experiencia evidencia que las transformaciones del hábitat rural no dependen únicamente de soluciones técnicas o tecnológicas, sino también de la capacidad de reconstruir vínculos entre personas, comunidades y territorios. La sostenibilidad emerge así como una práctica relacional basada en el cuidado, la corresponsabilidad y el arraigo, más que como una condición meramente técnica.

Desde esta perspectiva, Casa Raíz se presenta como una experiencia que invita a repensar el papel de la universidad, el diseño y la pedagogía en la construcción de formas más sostenibles, colectivas y territorialmente situadas de habitar, y recuerda que, efectivamente, todo está conectado.

Habitar en tiempos de crisis

La crisis socioecológica en la ruralidad colombiana es evidente. Durante las últimas décadas, amplias zonas rurales han concentrado condiciones de exclusión social, precariedad económica y limitada presencia estatal (Rendón y Gutiérrez, 2025). El conflicto armado desplazó comunidades, transformó las

relaciones con la tierra y produjo procesos de abandono territorial, deforestación y degradación ambiental. Tras el Acuerdo de Paz, la expansión de economías extractivas y de actividades como la tala ilegal y la ganadería intensificó la presión sobre ecosistemas estratégicos y debilitó las formas locales de sustento de la vida (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2016). A ello se suman fenómenos climáticos extremos, como sequías e inundaciones, que agravan las condiciones de habitabilidad rural.

En este contexto, las políticas habitacionales históricamente han tendido a reducir el habitar a indicadores de cobertura y acceso, al entender la vivienda principalmente como un objeto técnico o financiero. Sin embargo, el hábitat rural no puede comprenderse de forma aislada: la vivienda hace parte de un sistema más amplio en el que se entrelazan tierra, agua, producción, paisaje y comunidad.

Desde la perspectiva de los sistemas socioecológicos, sociedad y naturaleza no operan como dimensiones separadas, sino como sistemas interdependientes que coevolucionan constantemente (Folke *et al.*, 2000). Aplicado al hábitat rural, esto implica comprender la vivienda no solo como refugio, sino como una estructura de relación con el clima, el agua, la biodiversidad, la producción alimentaria y las dinámicas culturales del territorio. Pensar la vivienda como sistema socioecológico supone entonces desplazar la atención del objeto arquitectónico hacia las relaciones que sostienen la vida territorial.

En este sentido, Escobar (2014) señala que la modernidad consolidó una visión dualista que separó naturaleza y cultura, lo que debilitó las formas relacionales de existencia territorial. Esta ruptura produjo modos de habitar desvinculados de los ciclos ecológicos, de los sistemas productivos locales y de los saberes constructivos tradicionales. Desde esta perspectiva, el habitar deja de ser un problema exclusivamente arquitectónico para convertirse también en una cuestión ecológica, política y cultural.

En Colombia, esta discusión adquiere especial relevancia debido a las condiciones históricas del contexto rural, marcado por la violencia, el despojo de tierras y la expansión de economías extractivas. Aunque la firma del Acuerdo de Paz abrió nuevas discusiones sobre el desarrollo rural integral y la reconstrucción territorial, el posacuerdo también aceleró procesos de deforestación y expansión agropecuaria en territorios anteriormente controlados por actores armados. Esto evidencia que la crisis territorial no solo puede resolverse mediante infraestructura o inversión económica, sino también por medio de la reconstrucción de vínculos entre comunidades y ecosistemas.

En respuesta a esta situación, el Estado ha emitido algunas políticas recientes. En primer lugar, la *Política de Vivienda Rural*, que busca "disminuir el déficit cualitativo y cuantitativo rural en Colombia, para reducir la pobreza y mejorar la calidad de vida de los hogares rurales por medio de soluciones de vivienda digna" (Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio, 2023, párr. 1). Por otro lado, la Ley 2079 de 2021 pretende

> reconocer la política pública de hábitat y vivienda como una política de Estado que diseñe y adopte normas destinadas a complementar el marco normativo [...] con el fin de garantizar el ejercicio efectivo del derecho a una vivienda y hábitat dignos para todos los colombianos. (art. 1)

Esta misma ley incorpora la definición de la Vivienda de Interés Cultural (VIC), a la que caracteriza como aquella "totalmente arraigada e imbricada en su territorio y su clima" (Ley 2079 de 2021, art. 6), y refuerza que "su diseño, construcción, financiación y criterios normativos obedecen a costumbres, tradiciones, estilos de vida, materiales y técnicas constructivas y productivas, así como a mano de obra locales" (Ley 2079 de 2021, art. 6). Un aporte fundamental de la definición de la VIC para la ruralidad se centra en definir como requisitos esenciales para el diseño y planeación de las obras: "los materiales locales, sistemas constructivos, formas de implantación, resguardo, la topografía, los

espacios de habitación, así como los procesos de diálogo social que garanticen la participación comunitaria y trabajo requeridos" (Ley 2079 de 2021, art. 6).

El aporte más reciente de las políticas públicas en Colombia frente a los modos de habitar y los enfoques culturales y socioecológicos de la vivienda se dio con el Decreto 1341 de 2025, que incorporó asuntos relacionados con el hábitat y la vivienda diferencial. Este decreto establece normas para "orientar las intervenciones del Estado en hábitats y viviendas, a partir de sus características diferenciales y el reconocimiento de los derechos bioculturales, incentivando el uso de materiales y sistemas alternativos de construcción" (Decreto 1341 de 2025, art. 1). Esto implica que se reconocerán características particulares de la vivienda no solo urbana, sino también en la ruralidad, incorporando "saberes y prácticas ancestrales, usos y costumbres, formas de ocupación, y una relación con los medios de vida y técnicas y tecnologías constructivas apropiadas, desarrolladas históricamente por sus habitantes y que impactan sobre la forma colectiva de habitar el territorio" (Decreto 1341 de 2025, art. 1). Aunque estos avances representan un cambio importante frente a enfoques habitacionales estandarizados, persisten limitaciones asociadas con la financiación, la continuidad institucional y la sostenibilidad territorial de estas iniciativas.

Frente a estas tensiones, también emerge la necesidad de transformar las formas de enseñar y pensar el hábitat. En un contexto global marcado por crisis ambientales, sociales y habitacionales, las universidades se enfrentan al desafío de replantear no solo lo que enseñan, sino también las formas en que producen conocimiento y se relacionan con los contextos en los que actúan. En el caso de la educación superior lasallista, las reflexiones en torno a la justicia social, el cuidado de la creación y la fraternidad universal han impulsado la búsqueda de prácticas pedagógicas situadas, sensibles y comprometidas con las crisis contemporáneas.

En la encíclica *Laudato si'*, el papa Francisco (2015) advierte que las crisis sociales y ambientales forman parte de una misma problemática, lo que exige

revisar las formas en que habitamos, enseñamos y construimos nuestras relaciones con el mundo. En este sentido, el diseño y su enseñanza han dejado de entenderse únicamente como ejercicios técnicos orientados a la producción de objetos para reconocerse también como prácticas capaces de configurar relaciones, modos de vida y formas de habitar (Escobar, 2018).

Desde la Universidad de La Salle, iniciativas como el Laboratorio Lasallista para la Construcción del Hábitat Colombiano (LAB-LAHC) y el Laboratorio de Diseño para las Transiciones han impulsado metodologías basadas en la experimentación material, el codiseño y procesos situados de aprendizaje en comunidades rurales. En sintonía con la perspectiva de Freire (1970), estas prácticas entienden la educación no como una transmisión unilateral de conocimiento, sino como una herramienta crítica de transformación social y territorial.

Es en este contexto en el que surge Casa Raíz. Más que un programa de intervención, se configura como una experiencia de aprendizaje colectivo y construcción situada del hábitat rural, basada en metodologías de investigación-acción participativa, codiseño y promoción de la autonomía comunitaria.

En ese marco, Casa Raíz ha desarrollado procesos en territorios como el resguardo indígena Gavilán–La Pascua, en Vichada; Altos de Cazucá, en Soacha; el área rural de San José del Guaviare y la vereda Ovachía, en Tipacoque (Boyacá), entre otros. Mediante espacios académicos, ejercicios de experimentación material y actividades de extensión universitaria, la iniciativa articula distintas disciplinas del diseño y las ciencias sociales para reflexionar sobre las formas de habitar y las posibilidades de construir alternativas situadas para el mejoramiento de la habitabilidad urbano-rural.

Esta experiencia también parte de una visión crítica del papel de la universidad en la sociedad, al entender que la producción de conocimiento no puede desligarse de los contextos y comunidades con los que se construye. En este sentido, como señala Santos (2010), la universidad contemporánea enfrenta el

desafío de reconocerse como un espacio de diálogo entre distintos saberes y experiencias orientadas a la transformación social.

En sus versiones desarrolladas en la vereda Ovachía, en Tipacoque (Boyacá), Casa Raíz ha explorado formas de habitar conectadas con los ciclos del lugar, los materiales locales y los saberes de quienes lo habitan. Comprender este territorio implica entonces reconocer no solo sus condiciones físicas y ambientales, sino también las relaciones históricas, sociales y cotidianas que configuran la vida en el lugar. Es precisamente en ese entramado en el que la experiencia de Casa Raíz encuentra sentido.

Ovachía: territorio que resiste

En la Provincia Norte de Boyacá, en el entorno del desierto de Jutua, la vereda Ovachía se configura como un territorio donde la aridez no es solo una condición ambiental, sino una realidad que estructura la vida cotidiana. El paisaje, dominado por coberturas xerofíticas, suelos expuestos y vegetación dispersa, construye un entorno de amplitud y fragmentación. Las tonalidades ocres y terrosas, intensificadas por la luz del sol, refuerzan la percepción de un espacio exigente, en el que cada forma de vida, vegetal, animal o humana, ha desarrollado respuestas precisas a las condiciones del lugar.

La escasez hídrica es, en este contexto, un factor estructurante. La comunidad depende de un sistema de tandas que permite el suministro de agua apenas durante aproximadamente tres horas a la semana, condición que restringe significativamente tanto las actividades domésticas como las productivas. Esta limitación no opera de manera aislada: condiciona los tiempos de la vida cotidiana, orienta las decisiones de siembra y define qué actividades son posibles y cuáles no. El agua, en Ovachía, no es simplemente un recurso; es un elemento que regula usos, relaciones y formas de apropiación del espacio, lo que evidencia que las dinámicas ambientales e infraestructurales del territorio no operan de manera separada, sino que están profundamente interrelacionadas.

Fotografía 1. Paisaje en el entorno de Ovachía

Fuente: elaboración propia.

En términos de organización espacial, el territorio no presenta una estructura consolidada sino una disposición dispersa de viviendas y pequeños espacios productivos, conectados por caminos rurales que responden a lógicas funcionales más que a procesos de planificación formal. Estos recorridos cumplen una función que trasciende la movilidad: son escenarios de interacción social, intercambio y reconocimiento del territorio. La vivienda, en este marco, no se limita a un espacio cerrado, sino que se expande hacia el exterior, al integrarse con el territorio mediante actividades productivas, sociales y domésticas. Las áreas abiertas funcionan como escenarios fundamentales de la vida comunitaria, en los que se consolidan prácticas de cooperación, apropiación del entorno y construcción de vínculos desde la proximidad y la interdependencia.

Ovachía, como muchas zonas de la ruralidad colombiana, está atravesada por una memoria histórica marcada por procesos de violencia, desplazamiento

y reconfiguración social que han dejado huellas profundas en las formas de habitar. En este sentido, comprender el territorio implica ir más allá de sus características físicas para aproximarse también a las prácticas cotidianas, los significados y las relaciones que configuran la vida comunitaria, en una lógica cercana a la "descripción densa" planteada por Geertz (1973).

Durante el periodo de la violencia bipartidista, amplias zonas rurales del país fueron escenario de confrontaciones que fragmentaron tejidos sociales, transformaron la relación de las comunidades con la tierra y redefinieron patrones de ocupación territorial. Como lo retrata *Siervo sin tierra*, de Eduardo Caballero Calderón (1954), la vida campesina en Boyacá estuvo atravesada por dinámicas de exclusión, despojo y precariedad, en las que permanecer en el territorio implicaba resistir tanto las condiciones naturales como las tensiones sociales y políticas. Aunque estas violencias no siempre se manifiestan de forma explícita en el presente, sus efectos persisten en la configuración del territorio, en las formas de organización comunitaria y en las condiciones de acceso a recursos y oportunidades.

En el presente, el territorio exhibe tensiones estructurales que no se manifiestan como conflictos visibles sino como condiciones que atraviesan silenciosamente la vida cotidiana. Las condiciones de aridez y la limitada disponibilidad de suelos aptos para la agricultura restringen las posibilidades de diversificación productiva, lo que orienta a las familias hacia actividades específicas como la cría de cabras. La infraestructura vial incompleta genera escenarios de aislamiento parcial que dificultan el acceso a servicios, mercados y redes de apoyo más amplias. Asimismo, la posible pérdida de la escuela rural, que atiende actualmente a apenas dos niños de primaria, evidencia que el territorio no solo se configura desde lo físico, sino también desde lo social y lo simbólico: los equipamientos comunitarios cumplen un papel fundamental en la cohesión y el arraigo territorial, que trasciende su función operativa. En conjunto, estas condiciones expresan las brechas estructurales de la ruralidad colombiana, las

cuales se consideran determinantes de la permanencia o el abandono del territorio por parte de la población.

En medio de estas dinámicas habita la familia de doña Juana, Wilmar y Jhony, cuya situación concentra buena parte de las tensiones descritas. Su llegada a Ovachía estuvo marcada por situaciones que los llevaron a buscar en la ruralidad un entorno más propicio para la vida cotidiana, hasta arraigarse en un territorio que, con el tiempo, se convirtió en el lugar propio. Sin embargo, habitaban una vivienda autoconstruida en un predio que no era de su propiedad, condición que se sumaba a las restricciones ya descritas del territorio: la de no tener certeza sobre el suelo que se pisa. Las limitaciones de la vivienda eran expresión directa de ese contexto: una estructura inestable, difícil acceso y un suministro de agua sujeto al sistema de tandas, con apenas tres horas semanales disponibles para todas las necesidades del hogar.

Estas condiciones, lejos de ser situaciones aisladas, son expresiones concretas de un territorio históricamente atravesado por desigualdades y abandonos estructurales. Y, sin embargo, más allá de las carencias materiales, la vivienda también representa un espacio de memoria, trabajo y vínculo con el entorno, en el que las prácticas cotidianas de cuidado mutuo y conocimiento del territorio revelan formas de sostener la vida construidas desde el arraigo.

Es en este entramado de relaciones ambientales, históricas, sociales y espaciales en el que la pregunta por el habitar adquiere un sentido concreto. Ovachía no es solo el escenario del proyecto, sino el sistema que lo hace necesario y que, al mismo tiempo, orienta las decisiones que lo configuran. Comprender el territorio desde sus ciclos del agua, su organización espacial dispersa, sus conflictos estructurales y las prácticas de resistencia y cuidado de quienes lo habitan, constituye la base metodológica de la que surge Casa Raíz: no como una intervención externa desligada del lugar, sino como un proceso construido desde la escucha, el reconocimiento del territorio y el diálogo con quienes lo

habitan. El territorio, en este sentido, no es el contexto del proyecto: es su punto de partida y su condición de posibilidad.

Casa Raíz: pedagogías situadas y construcción colectiva del hábitat rural

Las condiciones territoriales de Ovachía evidencian que los problemas del habitar rural no pueden abordarse únicamente mediante soluciones técnicas o estandarizadas. Las limitaciones de acceso al agua, las dificultades de infraestructura y las formas cotidianas de organización comunitaria exigen procesos capaces de reconocer las particularidades sociales, ambientales y culturales del territorio.

Fotografía 2. Equipo de trabajo Casa Raíz [VIII]

Fuente: elaboración propia.

Para el estudio de caso en Tipacoque (Boyacá), Casa Raíz se implementa como una metodología de investigación-creación que surge por invitación de la organización Somos Soatá y se consolida mediante una alianza entre la comunidad campesina, la academia y organizaciones locales. Más que una intervención técnica, el proceso se configura como una experiencia de aprendizaje colectivo en la que el diseño deja de entenderse como la producción unilateral de soluciones para convertirse en una práctica de escucha, diálogo y construcción conjunta.

Desde esta perspectiva, el proyecto se desarrolla a partir del reconocimiento de las capacidades comunitarias y de los saberes locales como base para la construcción colectiva de alternativas orientadas al mejoramiento de las condiciones de habitabilidad rural. Así, la vivienda se entiende como parte de un entramado de relaciones entre comunidad, territorio y formas de vida.

Esta experiencia parte de la premisa de diseñar con otros en lugar de diseñar para otros. Mientras el segundo enfoque tiende a reproducir relaciones verticales en las que el saber técnico define de manera unilateral las soluciones, diseñar con otros implica reconocer a las comunidades como sujetos activos en la construcción de conocimiento y en la transformación de sus propios territorios. En este sentido, el diseño se comprende como una práctica de escucha, diálogo y construcción colectiva. Desde la perspectiva planteada por el papa Francisco (2015) en *Laudato si'*, el paradigma tecnocrático ha promovido una comprensión fragmentada de la realidad, separando las dimensiones humanas, sociales y ecológicas que conforman los problemas contemporáneos. Frente a ello, Casa Raíz propone una aproximación al habitar basada en la corresponsabilidad, el cuidado y la construcción conjunta de alternativas situadas.

Desde esa comprensión, la metodología de Casa Raíz se estructura mediante diagnósticos participativos, recorridos territoriales, talleres de codiseño, laboratorios experimentales, encuentros comunitarios, milpas y procesos de aprendizaje-servicio. Estas herramientas permiten comprender el territorio no

solo como un espacio físico, sino como una trama compleja de relaciones sociales, ambientales y culturales.

El proceso se ha desarrollado en cuatro momentos principales entre el 2024 y el 2026. La primera fase, *Diseños del ser rural*, en marzo y octubre del 2024, se centró en el reconocimiento de las prácticas cotidianas, los saberes locales y las formas campesinas de habitar mediante recorridos territoriales, observación participante, diálogos espontáneos y experimentación con materiales locales. Estas actividades favorecieron el reconocimiento mutuo y permitieron comprender las necesidades concretas de la familia, especialmente las relacionadas con el acceso al agua, las limitaciones espaciales de la vivienda y las dinámicas productivas asociadas al cuidado de animales y pequeñas siembras. Más que levantar información técnica, esta etapa permitió construir confianza y comprender que las problemáticas del habitar no podían separarse de las condiciones ambientales y sociales del territorio.

La segunda fase, *Diseños de mundos posibles,* en marzo del 2025, abordó el codiseño de la vivienda mediante la integración de bioconstrucción, materiales locales y estrategias de sostenibilidad contextualizadas. En esta etapa, las decisiones arquitectónicas se construyeron conjuntamente con la familia, buscando responder tanto a las condiciones climáticas de Ovachía como a las formas cotidianas de habitar el espacio. Aspectos como la distribución de los espacios, la ventilación, el manejo de la luz y las condiciones de accesibilidad fueron discutidos a partir de las necesidades concretas de doña Juana, Wilmar y Jhony. La cocina, por ejemplo, adquirió especial relevancia como espacio articulador de la vida cotidiana, mientras que la vivienda en su conjunto comenzó a pensarse no solo como refugio, sino como un entorno capaz de fortalecer dinámicas de cuidado, encuentro y permanencia en el territorio.

La materialidad de la vivienda ocupó también un lugar central dentro del proceso. La tierra, incorporada mediante bloques de tierra comprimida y acabados naturales, permitió aprovechar propiedades térmicas adaptadas a las condicio-

nes extremas del desierto de Jutua, al absorber el calor durante el día y liberarlo lentamente durante las noches frías. Asimismo, la incorporación de pañetes naturales, cubiertas en barro y esterilla de guadua, y acabados como el *tadelakt* buscó articular técnicas contemporáneas con saberes constructivos tradicionales presentes en la ruralidad boyacense. Más que una decisión estética, construir con materiales locales permitió fortalecer la apropiación comunitaria del proceso y reconocer la vivienda como una extensión del territorio en sí.

Fotografía 3. Proceso constructivo

Fuente: elaboración propia.

La tercera fase, *Resistencias y re-existencias territoriale*s, en octubre del 2025, se enfocó en la construcción colectiva de la vivienda y en la reflexión sobre las formas de permanencia campesina frente a la precarización rural. Las jornadas de trabajo comunitario y el aprendizaje compartido entre estudiantes, docentes y habitantes locales, así como la adaptación constante de las soluciones

constructivas, permitieron comprender la vivienda como un proceso abierto y en transformación. En esta etapa, la familia participó activamente en la elaboración de materiales, la adecuación de espacios y la apropiación progresiva de la vivienda, fortaleciendo vínculos de cuidado y arraigo alrededor del hogar y del territorio.

Fotografía 4. Siembra

Fuente: elaboración propia.

Finalmente, la fase *Emergencias y re-existencias territoriale*s, en marzo del 2026, marcó el momento en que la familia asumió por completo el protagonismo del proceso: fueron ellos quienes tomaron las decisiones finales sobre espacios, siembras y detalles constructivos pendientes, consolidando una vivienda que respondía no solo a criterios técnicos sino a sus propias formas de habitar y cuidar el territorio. Fue precisamente ese gesto de apropiación el que permitió comprender la vivienda como un sistema integrado, capaz de relacionarse

con las dinámicas ambientales, productivas y sociales del lugar. La gestión del agua mediante sistemas de captación, almacenamiento y reutilización de aguas grises, los espacios de siembra concebidos como extensiones ecológicas y comunitarias de la vivienda y los principios bioclimáticos adaptados a la aridez de Ovachía dejaron de ser decisiones del equipo para convertirse en decisiones del hogar.

En este sentido, la vivienda dejó de comprenderse exclusivamente como refugio físico para convertirse en una infraestructura relacional en la que agua, suelo, alimento, comunidad y aprendizaje formaban parte de un mismo sistema. Más que producir un objeto arquitectónico, Casa Raíz fortaleció vínculos comunitarios y generó procesos de aprendizaje compartido. La experiencia encontró así profundas resonancias con la pedagogía lasallista, que históricamente ha entendido la educación como una práctica orientada a la dignidad humana, la construcción de comunidad y la transformación social.

Desde esta perspectiva, la formación no se limitó a la adquisición de conocimientos técnicos, sino que implicó también el desarrollo de capacidades de escucha, empatía y corresponsabilidad frente al cuidado de la vida común. Casa Raíz permitió comprender que la sostenibilidad y la conversión ecológica no podían reducirse únicamente a la incorporación de tecnologías o soluciones ambientales, sino que dependían también de la construcción de relaciones de cuidado, autonomía y arraigo con el territorio.

En esta experiencia, la universidad transformó sus formas de producir conocimiento y se vinculó horizontalmente con las comunidades, mostrando que las transformaciones del hábitat rural no dependen únicamente de la infraestructura o de la innovación técnica. En este sentido, Casa Raíz constituyó una experiencia de formación integral en la que el aprendizaje técnico se entrelazó con dimensiones éticas, sociales y ecológicas, permitiendo imaginar otras formas de habitar y construir comunidad en medio de las crisis contemporáneas.

Todo está conectado

A lo largo del proceso desarrollado en Ovachía, Casa Raíz permitió comprender que las problemáticas del habitar rural no pueden entenderse de manera fragmentada. La escasez de agua, las condiciones de la vivienda, las dificultades de acceso, la permanencia campesina, las dinámicas comunitarias y las formas de relación con el territorio hacen parte de un mismo entramado socioecológico, en el que cada dimensión afecta y transforma a las demás.

En este sentido, la experiencia permitió reconocer que la vivienda no constituye un objeto aislado dentro del territorio, sino un sistema de relaciones en el que agua, suelo, alimento, infraestructura, comunidad y cuidado se encuentran profundamente interconectados. Las decisiones relacionadas con la gestión hídrica, las estrategias bioclimáticas, las siembras o los materiales locales no respondieron únicamente a criterios técnicos, sino también a formas particulares de habitar y sostener la vida en un contexto de aridez y precariedad rural.

Desde esta perspectiva, Casa Raíz evidenció que el valor de una experiencia como esta no reside en reproducir soluciones arquitectónicas o tecnológicas, sino en la posibilidad de transferir una forma de aproximarse al habitar: una metodología basada en la escucha, el diálogo de saberes y la construcción colectiva. Cada territorio exige respuestas propias, construidas desde sus condiciones ambientales, culturales y comunitarias específicas, y es precisamente en ese reconocimiento en el que radica el mayor aprendizaje del proceso. Para la universidad, esto implicó también una transformación: comprender que producir conocimiento situado exige abandonar el rol de experto externo para convertirse en un interlocutor capaz de aprender con las comunidades, tanto como de aportar a estas.

En *Laudato si'*, el papa Francisco (2015) advierte que "todo está conectado", recordando que las crisis ecológicas y sociales forman parte de una misma realidad compleja. En Ovachía, esta afirmación adquirió un sentido concreto: el

agua es un elemento organizador de la vida cotidiana; la vivienda es un espacio de encuentro, producción y cuidado, y el territorio no solo es el escenario del proyecto, sino que se consolida como su principal maestro.

En este sentido, Casa Raíz permitió comprender que la conversión ecológica no depende exclusivamente de la incorporación de tecnologías sostenibles o innovaciones constructivas, sino también de la capacidad de reconstruir vínculos entre personas, comunidades y territorios. La sostenibilidad, más que una condición técnica, emergió como una práctica relacional basada en el cuidado, la corresponsabilidad y el arraigo.

En un contexto en el que amplias zonas rurales continúan enfrentando procesos de abandono, precarización y fragmentación territorial, experiencias como Casa Raíz permiten cuestionar las formas tradicionales en las que históricamente se ha pensado el desarrollo rural. Más allá de la provisión de infraestructura o la incorporación de tecnologías sostenibles, el desafío del habitar contemporáneo implica reconstruir capacidades comunitarias, fortalecer vínculos de cuidado y reconocer las múltiples formas de conocimiento presentes en los territorios.

La experiencia desarrollada en Ovachía evidencia que las crisis ambientales y sociales no operan de manera aislada. La escasez hídrica, las dificultades de acceso, la fragilidad de las economías rurales y las transformaciones culturales asociadas a la migración o al abandono institucional forman parte de procesos profundamente interdependientes. Frente a ello, las prácticas situadas de diseño y construcción colectiva del hábitat adquieren relevancia no solo como estrategias técnicas, sino también como ejercicios de permanencia territorial y reconstrucción comunitaria.

En el caso de la familia, esta reconfiguración se hizo visible en las formas de apropiación cotidiana de la vivienda. A medida que el proceso avanzó, las decisiones relacionadas con los espacios, los recorridos y las posibilidades futuras

de la casa comenzaron a construirse desde una relación cada vez más cercana con el lugar y con las dinámicas de la vida cotidiana. La vivienda dejó de ser únicamente una solución habitacional para convertirse en una construcción colectiva arraigada en la experiencia compartida, el aprendizaje y el territorio.

Fotografía 5. Clausura Casa Raíz VIII

Fuente: elaboración propia.

En medio de las múltiples crisis contemporáneas, experiencias como Casa Raíz muestran que otras formas de habitar siguen siendo posibles mediante procesos capaces de reconocer la interdependencia entre naturaleza, comunidad y vida cotidiana. En Ovachía, habitar implicó también cuidar el agua, reconstruir vínculos comunitarios, reaprender prácticas de siembra, adaptar la vivienda al territorio y reconocer que la sostenibilidad depende, ante todo, de las relaciones que sostienen la vida.

Más que un proyecto arquitectónico, Casa Raíz constituyó una experiencia de aprendizaje colectivo en la que territorio, comunidad y universidad se transformaron mutuamente. En ese proceso, la vivienda se convirtió en un espacio de encuentro para la autonomía y el cuidado compartido. Tal vez ahí reside una de las principales enseñanzas del proceso: comprender que, efectivamente, todo está conectado.

Referencias

Caballero Calderón, E. (1954). *Siervo sin tierra*. Editorial Kelly.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2016). *Tierras y conflictos rurales: Historia, políticas agrarias y protagonistas*. CNMH.

Decreto 1341 de 2025 (10 de diciembre), por el cual se adiciona el Capítulo 4 al Título 2 de la Parte 2 del Libro 2 del Decreto número 1077 de 2015, para reglamentar los asuntos relacionados con el hábitat y la vivienda diferencial y se dictan otras disposiciones.

Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra: Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Ediciones UNAULA.

Escobar, A. (2018). *Designs for the pluriverse: Radical interdependence, autonomy, and the making of worlds*. Duke University Press.

Folke, C., Berkes, F., y Colding, J. (2000). Ecological practices and social mechanisms for building resilience and sustainability. En F. Berkes y C. Folke (Eds.), *Linking social and ecological systems: Management practices and social mechanisms for building resilience* (pp. 414-436). Cambridge University Press.

Francisco. (2015, 24 de mayo). *Laudato si': Sobre el cuidado de la casa común* [Carta encíclica]. El Vaticano. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

Geertz, C. (1973). *The interpretation of cultures*. Basic Books.

Ley 2079 de 2021 (14 de enero), por medio de la cual se dictan disposiciones en materia de vivienda y hábitat. *Diario Oficial* 51.557. https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=160946

Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio. (2023). *Política de Vivienda Rural*. https://www.minvivienda.gov.co/viceministerio-de-vivienda-politica-de-vivienda-rural

Rendón Acevedo, J. A. y Gutiérrez Villamil, S. (2025, 8 de agosto). *Pobreza a la baja. Diferencias y brechas urbano-rurales*. Observatorio Rural, Universidad de La Salle. https://lasalle.edu.co/es/noticias/pobreza-la-baja-diferencias-y-brechas-urbano-rurales

Santos, B. de S. (2010). *La universidad en el siglo XXI: Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).